

# El arte como educación

**Catorce.** ¿Qué podría saber cualquiera a los catorce años? Me acuerdo que a esa edad todo era subirse a los árboles y rodillas arañadas, y el único conocimiento que intentábamos interceptar era el significado escondido tras las canciones de música pop que llegaban hasta nuestros oídos rurales. En aquel tiempo —y sólo estamos hablando de hace veinte años— si quería saber alguna cosa que constituyera una información seria, preguntaba a mi alrededor y, cuando inevitablemente la respuesta de labios de los más mayores de la familia no conseguía resolverse de manera concluyente, me dirigía a los volúmenes de una enciclopedia para niños cuyos rotos lomos descansaban contra la ventana en voladizo de nuestra habitación de estudio.

Anacronismos polvorientos, con sus forros de tela azul descolorida por la fuerza de la luz de días mejores, inflaban orgullosamente su dorado plumaje

topográfico. Al encontrar los números romanos correspondientes a mi área de investigación, separaba uno de los tomos de sus compatriotas, entreabriendo sus duras tapas para saborear el dulce almizcle que ascendía como alcanfor en las alas de las polillas. La mayoría de las veces, faltaba la sección que buscaba, extirpada por un hermano al que se le había encomendado la investigación del mismo tema tres, cinco o siete años antes, lo que me dejaba sólo una opción: quedarme en el pueblo después de clase, llenando las tres horas que faltaban para el siguiente autobús a nuestro pueblo con un viaje a la biblioteca municipal. Justo al lado de la tienda de pescado frito y patatas fritas, un edificio de época sin ningún rastro de su herencia, buscaría entre estanterías poco pobladas con los deseos y donaciones de la comunidad local de agricultores, esperando que algún miembro del personal educativo hubiera atribuido a sus alumnos la suficiente iniciativa como para garantizar la inclusión subrepticia del título correspondiente.

Dos cortas décadas después y todo ha cambiado. Los adolescentes de hoy en día tienen acceso a más información de la que nosotros nunca imaginamos que pudiera existir, y pueden encontrar cualquier cosa que necesiten con sólo teclear unas cuantas palabras clave y hacer clic en un botón. Siglos de historia y más libros de los que nadie pueda leer durante una vida han sido destilados en párrafos pixelados, esperando a ser descubiertos. Sin embargo, algunas veces me pregunto qué hace la juventud con estos hechos fragmentarios, estas historias parciales y opiniones recibidas que solamente hacen alusión al conocimiento o la comprensión. ¿Cómo saben qué buscar, qué aceptar y qué rechazar? ¿Cómo pueden desarrollar una perspectiva del

Derek Jarman *Blue* 1993

mundo montando un rompecabezas de mensajes breves? Pues bien, el miércoles pasado por la mañana encontré algunas de las respuestas a estas preguntas.

Normalmente la galería está desierta entre semana, con esas pocas personas que lo saben e intentan coordinar las visitas con sus otras actividades de ocio los fines de semana. Por eso, la llegada de esta delegación —que a primera vista parecía formar parte de una salida organizada de uno de los colegios de los alrededores— despertó mi curiosidad. El grupo de unos doce,

más o menos de alrededor de catorce años, entró serenamente, sin exhibir el tono estridente que mis contemporáneos hubiesen mostrado al ser liberados de la educación formal, y sin ningún signo de la cohibición que nos hubiera producido a nosotros un entorno sofisticado. Estudié a los jóvenes estudiantes según iban desfilando por delante de mi escritorio, y como no llevaban uniforme, no pude encontrar ningún indicio de los logotipos que normalmente llevan en los bolsillos de las chaquetas de instituciones establecidas para preservar el conocimiento oficial.

Sin querer mostrarme desconfiada, los seguí en su deliberada trayectoria hacia la galería y me senté contra la pared, observando desde la banda cómo se iban coagulando en las primeras dos filas de las gradas de asientos, disfrutando de la proximidad entre ellos. Casi tan pronto como estuvieron asentados, empezó a emitirse el primer documental tembloroso, sumergiendo a los mensajeros de la generación de la TV en imágenes y sonido. El silencioso proyector vomitaba sus rayos digitales en la pantalla y un chico, no mayor que sus testigos, brincaba a través de los escombros de su pueblo en ruinas.

**En la oscuridad, los ojos ennegrecidos por la tristeza al descender un velo de horror, fui consciente por primera vez de sus jóvenes sensibilidades y me sentí implicada, irresponsable.**

Desde mi sitio, próximo a sus asientos, podía ver sus pequeñas caras en las que se reflejaban la luz y las sombras, tan poco conscientes de estar siendo observados como el objeto de su atención. Una voz suave nos presentó la situación del joven Anwar; huérfano en el conflicto que había hecho estragos en su hogar, que diariamente arriesgaba su vida para buscar comida entre las basuras. Y a media luz, pude discernir el ruido de cuadernos mientras se decantaba esta narración paralela, sin que las miradas se apartasen de la pantalla.

La artista responsable de la película había estado en la galería unas semanas antes, perfeccionando la organización de los asientos y probando la saturación de color y sonido. Mientras trabajaba, había hablado de sus motivaciones, echando fuego por la boca contra los medios de comunicación dominantes, su parcialidad y políticas. Una mujer modesta, que distaba mucho de vanagloriarse como otros de los que habían expuesto allí, parecía considerarse a sí misma simplemente como un conducto para la información que estaba transmitiendo. Preocupada únicamente por la honestidad, por informar exactamente de lo que había visto, creía que tenía la obligación de traernos a casa la verdad tan gráficamente como si nosotros mismos la hubiésemos experimentado. Y al ver como sus mensajes se transmitían por sí solos a esta entusiasta audiencia, comprendí que su proyecto había sido un éxito.

Según estaba pensando en ello, se oyó un fuerte crujido que rebotó por todo el espacio confinado de la galería y que nos obligó a investigar colectivamente. En la pantalla, a corta distancia, un proyectil con punta de acero había penetrado en carne joven, dejando un agujero como el cráter de un meteorito, un depósito para remolinos de arena. Una fisura abstracta hasta que empezó a sangrar; nosotros agudizamos nuestro instinto forense y comprendimos que la bala se había incrustado justo debajo de las costillas sobresalientes de Anwar. En la oscuridad, los ojos ennegrecidos por la tristeza al descender un velo de horror, fui consciente por primera vez de sus jóvenes sensibilidades y me sentí implicada, irresponsable. Caras impávidas habitaban la realidad de Anwar,

supervisando su estado desde el interior, y los pechos se hincharon de alivio al ver que volvía a respirar. Con menos necesidad de protección que capacidad para ofrecerla, los huesos en fase de crecimiento de sus cráneos se afianzaron en expresiones que insinuaban los adultos discrepantes en los que se convertirían sus dueños, y mis preocupaciones por ellos se evaporaron.

Cuando la película terminó, abruptamente y sin resolución, los visitantes se quedaron visiblemente afligidos. Me enderecé, preparándome para unirme a ellos en el éxodo hacia la recepción, pero no hubo ningún signo de movimiento. El grupo reunido permaneció en los no demasiado cómodos asientos de la galería y el disco dejó de rechinar en la máquina, permitiendo que el proyector proyectara un rectángulo del azul más puro. Cambiando las distancias focales para perderme en sus profundidades, intenté decidir entre Jarman y Klein. Recostándome en la silla, apoyé la cabeza contra la pared de la galería, esperando a ver lo que pasaría, pensando en Turrell. Después de unos minutos, los jóvenes de la fila de delante se giraron en sus asientos para volverse hacia la fila que tenían detrás. Una chica situada en el centro fue la primera que habló, sus facciones socarronas ocultas bajo una cortina de pelo liso. “¿Y, qué?” exigió a sus colegas, en el resplandor de la luz azul.

Algunos de los demás asintieron con la cabeza, reticentes al principio; después, dos, un chico y una chica, empezaron a hablar al mismo tiempo, sus voces encontrándose en el mismo tono para anularse el uno al otro. Tras una pequeña escaramuza de educación, la chica estuvo de acuerdo en hablar, “Tenemos que hacer algo para ayudar”. No había ninguna inseguridad en sus palabras, que fueron acogidas con aprobación. El chico, que no había puesto objeción en dejarla hablar, estuvo de acuerdo, “¿Por qué no vamos a buscarle?”

Su propuesta fue recibida con un acuerdo general y algunos de los otros contribuyeron aportando logística e intercambiaron los nombres de personas que pensaban que podían ayudarles. Querían conocer a Anwar, hablar con él y curarle. Pero, sobre todo, no se conformaban con aminorar su sufrimiento individual.

Determinados a evitar que su suerte volviese a repetirse, comprendieron con absoluta claridad que había que ir a la raíz que subyacía bajo esa injusticia. En la discusión que siguió, impregnada por la pasión de la juventud, nunca pusieron en duda que podían marcar una diferencia con sus diminutas presencias.

Silenciosa y desapercibida, fui asimilada en el contexto de su epifanía, tan neutral como el azul acuoso que enmarcaba su discusión. Pero yo estaba mucho de ser neutral en las opiniones que formulé. Según escuchaba, me convencí de que esta educación que estaban recibiendo en la galería era tan importante como cualquier otra cosa que aprendieran en la escuela. Sin mediación alguna, la película les había expuesto a verdades subjetivas y había afilado sus facultades críticas. Más allá de las restricciones formales, este trabajo artístico les había abierto los ojos a un mundo más allá del suyo. Les había dado una lección de humildad y empatía, y les había preparado para actuar. Si hay esperanza, pensé, está en los jóvenes. ❖

**REBECCA GORDON NESBITT** Después de establecer salon3 (con Maria Lind y Hans Ulrich Obrist) como un espacio de intercambio internacional en Londres, Rebecca Gordon Nesbitt fue nombrada conservadora del Instituto Nórdico de Arte Contemporáneo (NIFCA por sus siglas en inglés) de Helsinki, donde puso en marcha proyectos con artistas de la región Nórdica, del Reino Unido e Irlanda. Cada vez más afectada por el “nuevo orden mundial”, dejó de participar directamente para concentrarse en la investigación dentro de la infraestructura del mundo del arte, sus instituciones y economías. Paralelamente a estas investigaciones, ha estado desarrollando un cuerpo de ficción que ha sido publicado en catálogos de arte y (bajo un seudónimo) en publicaciones literarias.